

Memorias de Las Dictaduras, Memorias de La Crisis Del Capital

Memories of dictatorships. Memories of Crisis of Capital

Josefina Mastropaolo*

Resumen

El presente artículo busca en primer lugar, situar históricamente los golpes de Estado y los gobiernos dictatoriales en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970, como respuestas contra-revolucionarias frente al proceso de crisis del capital iniciada en ese período, que funcionan a su vez como mecanismos de acomodación y disciplinamiento de las clases trabajadoras a las nuevas dinámicas de valorización del capital, identificando algunas particularidades en las experiencias de Brasil y Argentina. En segundo lugar se propone una reflexión sobre la memoria en los tiempos de crisis del modo de producción, situando en ese marco la construcción de las memorias en las pos-dictaduras, sus límites y posibilidades.

Palabras claves: Memorias, Dictaduras, América Latina, Contra-revolución, Crisis.

Abstract

In this article I intend, in the first place, to historically situate the coup-d'états and dictatorial governments in Latin America, during the 1960's and 70's, as counterrevolutionary answers, in front of the capital's crisis process that initiated in those years, which, in time, function as mechanisms of rearrangement and to discipline the working classes within the new capital valorization dynamics, identifying some peculiarities in Brazil's and Argentina's experiences. Secondly, I propose a reflexion about memory in times of the mode of production crisis, situating, in this frame, the construction of memories during post-dictatorship periods, it's limits and possibilities.

Keywords: Memory, dictatorship, Latin America, counterrevolutionary, crisis.

Introducción, o dos caras de la misma moneda.

Las narrativas que organizan las memorias de los golpes de Estado y los gobiernos dictatoriales en el cono sur de América Latina, que iniciaron en las décadas de 1960 y 1970, recogen fundamentalmente explicaciones políticas, ideológicas e incluso morales. Resulta lógico que en tiempos de la guerra fría las hipótesis belicistas sobre enemigos internos y externos funcionaran adecuadamente como marcos explicativos, no digo justificativos, de las experiencias de terror. Por fuera de los esquemas explicativos de la guerra fría -de los cuales las jóvenes generaciones no participan- aquellas no parecen sino hipótesis paranoides que se procesan en un registro estático del pasado, y hasta con una estética que nos remite al pasado.

Si coincidimos con la premisa de que pensar el pasado, o sea, hacer memoria, es siempre construir una narrativa sobre el presente, entonces, para conocer "verdades" sobre las dictaduras, tal vez sea imprescindible anudar las continuidades entre dictaduras y democracias. Advertimos continuidades en la legislación, en las formas institucionales, hay continuidades en las formas represivas pero fundamentalmente hay continuidades en los procesos de desarrollo del capital.

Las formas autoritarias de administrar los Estados nacionales en América Latina, no fueron inventadas en las décadas de 1960/70, al contrario, son parte constitutiva de los procesos de formación de nuestros Estados nacionales. Éstos se configuraron en el proceso

de descomposición de los imperios coloniales en territorio americano, en la transición del siglo XVIII al siglo XIX y fueron “inventados” de arriba para abajo por las elites criollas, a semejanza de los estados europeos, por instigación y apoyo del centro del poder económico mundial, Inglaterra en la época. Sin embargo ese no era el único destino posible para los territorios de América, otras propuestas entraron en disputa, y fueron derrotadas¹.

Los pueblos locales, los que produjeron la riqueza durante la colonia: aquellos de los pueblos originarios sometidos bajo sistema de servidumbre, negros esclavizados y criollos y blancos libres y pobres, fueron reclutados a la fuerza o llamados a las guerras de independencia bajo la promesa de ganar tierra y libertad. Promesa traicionada, ya que la tierra nunca fue socializada, y la libertad ganada-otorgada fue fundamentalmente la liberal libertad del comercio de mercancías, que en general para los trabajadores significa libertad para venderse.

Proponiendo algunas claves para entender el proceso de formación social del Estado brasilero, Schwartz (2008) nos ofrece pistas para pensar la formación de nuestros Estados en América Latina. Estos fueron construidos a la luz de las premisas del iluminismo europeo pero a partir de experiencias históricas que no podían sostenerlos.

Sumariamente, está montada una comedia ideológica, diferente a la europea. Claro que la libertad de trabajo, la igualdad frente a la ley y de forma general el universalismo eran ideología también en Europa, pero allá correspondían a las apariencias cubriendo lo esencial - la explotación del trabajo. Entre nosotros las mismas ideas serían falsas en un sentido diverso, por decir, original. (Schwarz, 2008, p.12)

En las primeras constituciones de nuestros países, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, aparece como un telón de fondo, sin embargo no dejan de ser grandes abstracciones que no encuentran validación en la realidad. El conjunto de ideas derivadas de la declaración era producto de la experiencia histórica del trabajo libre como medio fundamental de producción. Sin embargo en América Latina no hubo trabajo libre, salvo contadas excepciones sino hasta después de la formación de los Estados nacionales, fueron los Estados los que produjeron el trabajo libre, y no al contrario. Sin embargo, dice el autor, era inevitable la presencia entre nosotros de la racionalidad económica burguesa - la prioridad del lucro, con sus corolarios sociales - toda vez que prevalecía en el comercio internacional, hacia donde nuestra economía se dirigía. (op. Cit. p.13). No es que el latifundio y la producción realizada a partir de métodos de violencia extra-económica y en la disciplina militar no fueran modernos, de hecho habían sido emprendimientos del capital comercial, por lo tanto el lucro es parte de nuestras formas supuestamente pre-modernas desde sus orígenes.

En resumen, las ideas liberales no se podían practicar, pero al mismo tiempo eran indiscutibles. Fueron colocadas en una constelación especial, una constelación práctica, la cual formó un sistema y no dejaría de afectarla. Por eso es que no ayuda insistir en su clara falsedad. Es más interesante acompañar el movimiento de que la falsedad es parte verdadera. Vimos a Brasil, bastión de la esclavitud, avergonzado delante de ellas - las ideas más adelantadas del planeta, o casi, pues el socialismo ya venía a la orden del día- rencoroso delante de ellas porque no servían para nada. Pero eran adoptadas también con orgullo, de forma ornamental, como prueba de modernidad y distinción. (op. Cit. p. 26)

¹ Me refiero por ejemplo a los proyectos de Bolívar, San Martín, Artigas.

El resultado de esta contradicción entre lo impracticable y lo indescartable, son formas que a veces aparecen "normales", y a veces aparecen "monstruosas". Nuestros Estados se parecen al Increíble Hulk, mientras consiguen mantener el control se presentan con rasgos de "normalidad" liberal, pero frente a la posibilidad de perder el control, cuando "están nerviosos" se transforman y se revelan con toda su monstruosidad.

A la experiencia histórica latinoamericana le fue aplicada una receta inventada en otras latitudes, en el otro extremo de la acumulación del capital, y tal vez sea por eso que no termina de encajar, que las ideas quedan fuera de lugar (Schwartz, 2000) obteniendo como resultado formas estatales que durante algunos períodos han aparecido con trazos de normalidad republicana y liberal y en otros como formas monstruosas, Estados de excepción a la norma.

Sin embargo, si prestamos atención a la advertencia de Benjamin: "La tradición de los oprimidos nos enseña que ese estado de excepción en el que vivimos es la regla" (Benjamin, 1994) la regla se define por la continuidad entre democracias y dictaduras toda vez que las disputas al interior de los Estados nacionales latinoamericanos parecen poner en cuestión la continuidad de las formas estatales que garantizan el proceso de valorización del capital.

Las elites locales, por lo tanto, nacieron autoritarias, apelando a una retórica burguesa democratizante y liberal, que consiguió convivir con la esclavitud y la servidumbre como formas de explotación del trabajo, con las campañas militares para la eliminación física y cultural de pueblos originarios y con el siempre creciente proceso de concentración de la tierra. La premisa Civilización o Barbarie, que en boca de las elites parecía designar proyectos opositores, aparecen hoy para nosotros como momentos que alternan en un mismo proyecto de dominación.

En su formulación teórica y en sus formas jurídicas y políticas y en términos de la vida cotidiana, democracia y dictadura son formas substancialmente diferentes, pero desde el punto de vista de garantizar los lucros son apenas dos caras de la misma moneda.

La contrarrevolución garantiza un nuevo plazo de vencimiento para el capital.

El período que se abre con el fin de la segunda guerra mundial fue testigo de una expansión capitalista sin precedentes, tanto que Hobsbawm (1995) le llamó la "Era de oro del capital". Mucho tuvo que ver con ese desarrollo extraordinario durante la posguerra la imponente destrucción de fuerzas productivas que significó la II guerra mundial. Destrucción de capital, de aquel que llamamos constante y una destrucción aterradora de fuerza de trabajo. Sobre esas ruinas y sobre aquellas que todavía iban a ser producidas, representantes de 44 países se reunieron en la conferencia de Bretton Woods en 1944 con el objetivo de definir los rasgos de lo que sería la economía de pos-guerra. Una de las medidas centrales fue el control de cambios sobre la base del patrón oro-dólar, lo que le valió a los Estados Unidos la consolidación de un poder altamente concentrado para la configuración del orden financiero y monetario internacional a partir de ese momento.

Durante la II guerra empezó a consolidarse un nuevo momento en la dialéctica del capital, que fue adquiriendo trazos más definidos ya durante los primeros años de la pos-guerra, y que según la periodización adoptada por Mandel (1985), sería un segundo momento de la fase monopolista del capital, a la que llamó capitalismo tardío. Entre este nuevo momento del capital y el capitalismo competitivo estudiado por Marx y el capitalismo monopolista estudiado por Lenin, no habría transformaciones sustanciales. Sin embargo, una serie de mudanzas en el orden histórico irán pautando particularidades propias de ese período que demandan nuevas herramientas teóricas para capturar los movimientos de la realidad en que la sustancia de esta forma social se realiza².

² El substrato de las relaciones sociales en la sociedad capitalista, es decir aquello sobre lo estas se sostienen es el valor, o lo que es lo mismo una cantidad de trabajo abstracto. (Cfr. Menegat, Seminario de Tese I 2009/1. Notas de aulas. PPGSS-ESS. UFRJ. 2009) Marx en El Capital, capítulo 1, expone: "Examinemos ahora el residuo de los productos del trabajo. Nada ha quedado de ellos salvo una misma objetividad espectral, una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma. Esas cosas tan solo nos hacen presente que en su producción se empleó fuerza humana de trabajo, se acumuló trabajo humano. En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas (las mercancías), son valores." (2006, p.47).

Capitalismo tardío, entonces, es el momento del capitalismo monopolista que se inicia durante la II guerra mundial y que hasta fines de la década de 1960 creció aceleradamente y en el que se combinaron un incremento de la tasa de explotación del trabajo asalariado, en gran medida garantizado por el incremento de la productividad del trabajo, que iba creciendo al ritmo que le pautaba el desarrollo de la tercera revolución tecno-científica, con un aumento de los salarios reales que a su vez fueron garantizando la expansión de los mercados de bienes de consumo, sin que la tasa media de lucro cayera.

Durante los casi treinta años de la “era de oro”, la “humanidad” experimentó mejoras significativas en sus condiciones de vida, aumentó la producción de alimentos, aumentando las expectativas de vida, lo que llevó a un aumento de la población mundial³.

La economía mundial por lo tanto crecía a una tasa explosiva. En la década de sesenta estaba claro que jamás había habido algo así. La producción mundial de manufacturas se cuadruplicó, entre el inicio de la década de 1950 y el inicio de la década de 1970, y, lo que es inclusive más impresionante, el comercio mundial de productos manufacturados aumentó diez veces. Como vimos, la producción agrícola mundial también se disparó, aunque no de manera tan espectacular. (Idem p.257, traducción nuestra)

Claro que para la “humanidad” de los países del centro del capitalismo la época de oro fue mucho más dorada que para la de los países periféricos; sin embargo, es importante llamar la atención sobre el hecho de que aunque existan esas diferencias, el grado y la forma del desarrollo de los países centrales se estableció como un horizonte no sólo deseable sino como una meta a alcanzar y una promesa factible de ser cumplida.

Sin embargo, ese aceleradísimo proceso de desarrollo de las fuerzas, en apariencia productivas, se realizó (y se realiza cada vez más) como desarrollo de fuerzas destructivas. Como reflejo de la ampliación y modernización de la industria bélica, se fueron desarrollando las fuerzas productivas involucradas en la producción de mercancías en general, produciendo al mismo tiempo una super-explotación de la naturaleza.

Literalmente, la plataforma que sostuvo ese desarrollo fue la industria de la destrucción, la producción de la guerra, de la Guerra Fría. Fría en el centro donde se expresaba como una carrera acelerada por el dominio de la tecnología nuclear, y caliente en las periferias donde la guerra no se presentaba como promesa amenazadora sino que se volvía acto efectivamente realizado en un sinnúmero de guerras y acciones bélicas tales como las guerras de Indochina, de Corea, de Vietnam, las acciones en Afganistán, la Guerra de los Seis días, la Guerra de Argelia, por citar apenas algunas.

Podemos pensar que esta acelerada y amplia expansión del capital y las transformaciones en la dinámica de la producción funcionaron como telón de fondo de un intervalo excepcional en las relaciones entre el capital y el trabajo, o, entre las burguesías y los trabajadores. En el breve interregno en el que se desarrollaron los Estados de Bienestar, las tensiones de la lucha de clases no encontraron apenas respuestas coercitivas, sino que durante ese período las burguesías debieron necesariamente negociar y mejorar, a favor de los trabajadores, el precio que pagarían y las condiciones de compra-venta de la fuerza de trabajo. Las políticas sociales en ese contexto se consolidan como una forma de distribución secundaria del ingreso al mismo tiempo que se consolidaron, junto con los exponenciales desarrollos de la industria cultural, mecanismos de control social no coercitivos.

³ Cfr. Hobsbawm, 1995, p. 256

Vale la pena, en este punto, advertir que en la mitad del Siglo XX, el proletariado industrial europeo estaba cumpliendo en torno de cien años, desde los procesos de 1848, configurándose como clase, protagonizando luchas, formulando ideas y proyectos, futuros posibles, enfrentando derrotas y produciendo herramientas o instrumentos políticos como los sindicatos y los partidos obreros, y venía disputando con la burguesía por la apropiación de mayores porciones de plus-valía, lo que comúnmente llamamos derechos sociales y laborales.

El Estado de bienestar se tornó así, para las clases trabajadoras el garante de las mejores condiciones para la venta de la fuerza de trabajo que se hubieran conocido desde que la fuerza de trabajo comenzó a ser vendida y comprada, lo que redundó en mejoras sustanciales en la calidad de vida de los miembros de la clase; para las burguesías fue la mediación necesaria para establecer una relación con el proletariado altamente organizado, garantizando a su vez el orden del capital. Los mecanismos básicos del engranaje que sostuvo este modelo, y que al Estado de bienestar tocó garantizar, fueron el pleno empleo y el consumo masivo

Posiblemente los años de oro del capital, a pesar de sus contradicciones y de sus caras ocultas, hayan sido, fundamentalmente en la experiencia de los trabajadores del centro del capital, el momento en que el capitalismo alcanzó su forma más universal, el momento en que pareció posible que se realizaran de forma más acabada las promesas sobre las que se fundara la modernidad. La crisis del capital que inicia a fines de la década de 1960 colocó al propio Estado de bienestar en crisis, y por lo tanto también a las formas de socialización que fueron posibles durante su vigencia.

Y aunque los destellos dorados hayan sido mucho más refulgentes en el centro que en las periferias del capital, durante la segunda guerra mundial y en los primeros años de la pos-guerra las burguesías locales en nuestros países se fortalecieron debido a un proceso de sustitución de importaciones que amplió los márgenes de empleo y consumo de las masas trabajadoras. Eso fue posible debido a que el capital imperialista, en guerra o en recomposición estaba debilitado (Koutzii y Correa Leite, 1984).

A comienzos de la década de 1960, con los capitales imperialistas recompuestos, se inicia una nueva fase de penetración en el continente, y las burguesías nacionales, que en tiempos de la tercera revolución tecno-científica, mal habían conseguido alcanzar la plataforma tecnológica de la segunda, sufren una pérdida de poder sustantiva: “Ela tem um drama muito claro: ou desaparece por falta de condições de concorrência, ou se associa aos grandes capitais numa posição subordinada” (Id., p.54).

A fines de la década de 1960, el rápido crecimiento de la pos-guerra comenzó a mostrar sus límites y el equilibrio que había mantenido la estabilidad durante los años dorados comenzó a desestabilizarse. Inició así un largo período de crisis económica, social y política.

Las dictaduras cívico-militares de las décadas de 1960 e 1970, funcionaron, sostenía Marcuse (1973) ya en la época, como mecanismos de una contrarrevolución preventiva. Tuvieron una retórica común: la defensa de la patria, la familia y la propiedad, librando un combate al comunismo extranjero y anticatólico. Tuvieron objetivos comunes: producir una reorganización del capital y del trabajo al interior de las fronteras de los Estados Nacionales en América Latina que implicarían costos muy altos para la clase trabajadora; los métodos con los que llevaron adelante esa tarea también fueron comunes. Esa coincidencia no fue producto de la casualidad, al contrario el capital imperialista del cual las burguesías locales eran aliadas-subordinadas, había construido en la Escuela de las Américas un centro de preparación y operación de estos procesos.

Diferentes fueron las tareas demandadas a los gobiernos dictatoriales de cada uno de nuestros países de acuerdo a la trayectoria histórica de cada uno, de las tradiciones culturales y políticas, del grado de industrialización alcanzado con relación a su potencial industrial, a la estructura de clases, al nivel de organización de las masas trabajadoras, al grado de consenso interno de las elites, al grado de ocupación de la tierra agrícola, entre otros.

Pensemos a partir de dos ejemplos

El golpe de Estado de 1964 en Brasil, tuvo lugar antes de que los límites de la expansión de pos-guerra se manifestaran con toda su crudeza. En ese momento, el 56% de la población en Brasil vivía en el área rural y sólo el 44% en las ciudades. Era necesario, en los marcos del capitalismo keynesiano a la brasilera completar el proceso de modernización: consolidar la industrialización, atraer a la población hacia las ciudades, liberando al campo de gente, de manera que fuera posible incrementar la productividad del trabajo rural. Las nuevas tecnologías garantizaban el aumento de la producción y mejores condiciones de competir en el mercado porque los productos producidos eran más baratos. Para la década de 1980 ese porcentaje había cambiado, el 32% de la población vivía en las áreas rurales y el restante 68% estaba viviendo, o sobreviviendo, en las ciudades⁴. La viabilidad del Estado-nacional brasilero dependía de profundas reformas, y la dirección de ese proceso estuvo en disputa entre las clases durante más de una década previa al golpe. El golpe significó la victoria de un proyecto de clase, que requería un éxodo de millones del campo hacia la ciudad. Esa masacre cultural y social no habría podido llevarse a cabo en escasos veinte años "pidiendo permiso"; se requirió de una forma violenta.

El golpe de 1976 en Argentina tuvo lugar una vez que la crisis del capital ya era evidente. En esos años la población de Argentina vivía casi en un 80% en las ciudades y el 20 % en las áreas rurales⁵. Por lo tanto a los gobiernos dictatoriales entre 1976 y 1983, no les cupo la consolidación de la industrialización, al contrario, su tarea fue producir des-industrialización y una distribución regresiva de la riqueza -ya que era necesario disciplinar a la clase obrera urbano-industrial-, que permitiera acometer sobre la estructura económico-social que se había ido constituyendo a lo largo de cinco décadas, en las diferentes etapas de la industrialización sustitutiva, y que venía configurando una sociedad urbana con una estructura de clases altamente heterogénea y móvil.

La dictadura que comienza en 1976, fue construyendo condiciones para la acumulación de capital en el sector financiero y las consecuentes contrarreformas neoliberales.

Si eso es así, las dictaduras funcionaron como estrategias, monstruosas, claro, de ajuste, de adaptación, de acomodación, del mundo del trabajo, de las formas de la dominación burguesa, de la industria cultural, de la propia estructura de clases, a los requerimientos del momento de la dinámica de acumulación.

El capital solo existe en movimiento, funciona como una bola de nieve que crece a partir de sí mismo, es valor que se valoriza y las crisis son parte constitutiva de la dialéctica del valor. Una forma entra en crisis y tiene por destino perecer o transformarse en otra forma para continuar existiendo. En nuestros países el reacomodamiento requerido a fines de los años sesenta y principios de los setenta se resolvió con dictaduras cívico-militares violentísimas que operaron la transición entre el capitalismo keynesiano periférico y el neoliberalismo financiero.

Ese momento del capital, que exigió dictaduras para imponerse, atraviesa una profunda crisis, el capital financiero que genera burbujas que explotan por todos lados, y también está en crisis el modelo neoliberal de Estado, por lo menos en su forma aparente. Si las formas que las dictaduras vinieron a garantizar fueron entrando en crisis y perdiendo su vigencia, tal vez ya no sea tan necesario mantener las "solidaridades" fundacionales de ese proceso, y tal vez sea por eso que en algunos de nuestros países, con diferencias de acuerdo a la trayectoria de las luchas, se están alcanzando algunas conquistas en las luchas por memoria, verdad y justicia.

⁴Para los datos sobre la población brasilera Cfr. <http://www.sidra.ibge.gov.br/bda/popul/default.asp?> Consultado el 15 de julio de 2012.

⁵ Los datos están disponibles en: www.indec.mecon.ar , Consultado el 15 de julio de 2012.

La memoria de las dictaduras

En una entrevista dada al diario El País en 2007, Enzo Traverso sostiene: La memoria histórica es un terreno complejo y la obsesión actual por ella se traduce en una política institucional de conmemoraciones separadas de toda reflexión crítica sobre el presente y que tienen a menudo, incluso, el espurio objetivo de legitimar regímenes y políticas.

Mate (2011, p.173), también registra que “la memoria cotiza, en efecto, al alza. Es un fenómeno mundial. El sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz movilizó muchos más recuerdos que los del quincuagésimo(...)”.

En la transición del Siglo XX al Siglo XXI, la memoria se nos presenta como un nuevo espíritu de época. Vistos desde el hoy los dos siglos anteriores iniciaron preñados de utopías (Gómez, 2012). Las promesas de la revolución francesa y las expectativas de afirmación de la sociedad burguesa iluminaron el futuro en la transición del Siglo XVIII al Siglo XIX, y las promesas de que la revolución proletaria negaría esta forma social iluminaron el futuro en la transición del Siglo XIX al Siglo XX. El iluminismo progresista estaba en la base de esas dos utopías. En cambio, en la transición que a nosotros nos toca atravesar, esa utopía no está tan articulada o por lo menos, no depositamos tanta confianza en las promesas de un futuro garantizado por el progreso.

Durante un tiempo pensábamos que el futuro debía construirse en torno a conceptos como utopía o progreso. Quizá ha llegado el momento de hacer caso a Walter Benjamin cuando nos recuerda, a propósito de los movimientos emancipadores del siglo XIX, que lo que les movía no era la idea de que los nietos fueran felices, sino la memoria de los abuelos humillados. Cada vez pesa más, en la construcción de un mundo nuevo, la idea de que sólo habrá novedad si construimos el presente, si tenemos en cuenta el pasado ausente. (Mate, 2009, p.26)

Pensemos que la magnitud del horror que provocó -y que todavía provoca- tanto ser testigo, cuanto víctima de las estrategias de eliminación sistemática, impide ver, ya sea de manera longitudinal o de manera transversal, otros elementos involucrados en la experiencia a la que el terror puso fin. Es posible en ese sentido comprender que la experiencia de terror totalice la mirada retrospectiva, primando en la construcción de la memoria los contenidos ligados a las denuncias de las experiencia represivas, la tortura, el secuestro, la desaparición, la muerte, los componentes más grotescos y bárbaros que conforman la experiencia traumática. Sostiene Rozitchner (2006) :

(...) cuando la memoria sólo privilegia la crueldad insoportable del terror homicida olvida sin embargo que ese hecho de Estado estuvo construido y fue producto de una estrategia que tuvo muchos otros responsables, aunque no fueran militares. Para mostrar esos enlaces excluidos de la visibilidad social se debía describir ante la ciudadanía, porque su conexión no era tan visible como los crímenes directos, la convergencia de otros poderes que produjeron los actos materiales consumados por los asesinos. (Idem, p.249)

La memoria de la sangre derramada, los ejercicios de memoria de la violación de los derechos humanos son altamente necesarios y relevantes para la elaboración de la experiencia traumática; sin embargo, circunscribir la memoria de las dictaduras al hecho de que estás fueron estados de excepción apenas en materia de derechos humanos, no sólo empobrece nuestra comprensión histórica sino que, empobrece nuestras posibilidades de futuro.

Oscar Wilde, escritor inglés de finales del Siglo XIX, en su consagrada novela “El retrato de Dorian Gray”, cuenta la experiencia de un hombre que habiendo sido retratado en la juventud por un pintor, quiso que su imagen fuera siempre la de aquella pintura. Su deseo fue cumplido y él no envejecía, ni corrupción alguna le afectaba la apariencia. Pero la imagen de la pintura se fue cargando con todas las corrupciones físicas y morales que afectaban la vida de Dorian Gray, modificándose con el paso del tiempo volviéndose cada vez más monstruosa, a tal punto que le resultaba insoportable la contemplación de su imagen en la pintura.

Tal vez, y sobre todo para las nuevas generaciones, aunque no sólo para ellas, la lucha por la construcción de verdades sobre las dictaduras sólo tenga sentido si, mirando para atrás conseguimos construir una memoria que nos permita visualizar, como una especie de retrato de Dorian Gray, nuestro propio presente putrefacto por la acumulación de un pasado entendido como el paso del tiempo, acumulación de formas de barbarie, de super-explotación de la naturaleza, acumulación de luchas derrotadas, de utopías desvanecidas, etc. La memoria entendida como tiempo pasado, fotos en blanco y negro, consignas de otro tiempo, se torna un reflejo tranquilizador del ayer, muy conveniente para conmemoraciones, pero poco adecuado para proyectar las luchas.

Bibliografía

- BENJAMIN, WALTER, (1994). Magia e técnica, arte e política. Obras Escolhidas. São Paulo: Brasiliense.
- GOMEZ, JOSÉ MARIA, (2012). "Justiça Transicional, Humanitarismo Compassivo e Ordem Global Liberal Pós-Guerra Fria". In: Bethânia Assys; Carolina De Campos Melo; João Ricardo Dornelles; José María Gómez. (Org.). Direitos Humanos: Justiça, Verdade E Memória. 1ed. Rio De Janeiro: Lumen Juris Editora.
- HOBBSAWM, ERIC, (1995). Era Dos Extremos. O Breve Século Xx. 1914-1991. São Paulo: Companhia Das Letras.
- KOUTZII, FLÁVIO, CORRÊA LEITE, JOSÉ, ORGS., (1978). Che 20 Anos Depois. São Paulo: Busca Vida.
- MARCUSE, HERBERT, (1973). Contrarrevolução E Revolta. Rio De Janeiro. Zahar Editores.
- MARX, KARL, (2006). El Capital. Tomo 1, Vol. 1. Buenos Aires: Siglo Xxi.
- MATE, REYES, (2011). Tratado De La Injusticia. Barcelona: Anthropos.
- MENEGAT, MARILDO, (2012). Seminario De Tese I 2009/1. Notas De Aulas. Ppgss-Ess. Ufrj.
- ROZITCHNER, LEÓN, (2006). "30 Años Después". In: Un País, 30 Años. Buenos Aires: Ediciones Madres De Plaza De Mayo.
- SCHWARZ, ROBERTO, (2000). Ao Vencedor As Batatas. São Paulo: Duas Cidades: Ed.34.
- MATE, REYES, (2009). "La Justicia En La Historia". In Memória Histórica: Se Puede Juzgar La Historia? Anais Do Coloquio Internacional: Se Puede Juzgar La Historia?. M.E.D.E.L. Fundación Antonio Carretero, Madrid, P. 15-27
- MATE, REYES, (2011). Tratado De La Injusticia. Barcelona: Anthropos, P.173.
- TRAVERSO, ENZO. "Enzo Traverso Advierte Sobre La Actual Obsesión Memorialista Y La Política De Conmemoraciones". El País. Madrid. 16/05/2007. Disponible En [Http://www.Elpais.Com/Articulo/Cataluna/Enzo/Traverso](http://www.Elpais.Com/Articulo/Cataluna/Enzo/Traverso). Consultado El 08/07/2011.